

Capítulo 3

Redfield y la Escuela de Chicago

To look all around a subject

ROBERT REDFIELD

Citado por Margaret Park Redfield [1962]

Mexicanos en Chicago (1924-1925)

EL AÑO 1924 FUE UN parteaguas en la vida profesional de Robert Redfield. El viaje a México, en 1923, “lo transformó” [PRR, Addenda]. A partir de ese momento “comenzó a interesarse por las sociedades campesinas de México” [*ib.*] y abandonó su formación y carrera de abogado. De regreso en Chicago, su suegro, el afamado sociólogo Robert E. Park, le sugirió que ingresara a la universidad a estudiar antropología, lo cual le permitiría, además, volver a México, país que “había encontrado más interesante de lo que esperaba” [PRR, Addenda; Godoy, 1978: 51].

Así, en el trimestre de invierno de 1924 Redfield comenzó sus estudios de posgrado en el Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Chicago [Godoy, 1978]. Su formación fue una combinación de saberes académicos y prácticos [*ib.*]. Entre otras cosas, porque en ese momento el Departamento de Antropología y Sociología desarrollaba un amplio y complejo proyecto de investigación sobre Chicago [Smith y White, 1929]. De hecho, los estudiantes “tenían un papel importante en las investigaciones” que se llevaban a cabo en ese momento y participaban activamente en la recolección de información sobre la ciudad [Faris, 1967]. “Los estudiantes hacían croquis y diferentes tipos de mapas, conducían entrevistas, asistían a conferencias, observaban y recogían, de manera sistemática, información sobre la ciudad” [*ib.*, 54]. Redfield, dice



Fotografía 1. Edificio del Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Chicago. Allí estudió Robert Redfield y era la sede del Local Community Research Program.

www.stateuniversity.com/universities/IL

Rubinstein [2002], estaba impresionado con el trabajo de investigación que llevaban a cabo los sociólogos de la Universidad y los cuales influyeron de manera directa en su formación.

En ese contexto formativo e intelectual Redfield firmó un contrato para realizar una investigación titulada “Los mexicanos en Chicago”, patrocinada y dirigida por The Local Community Research Project [LCRP] de la Universidad de Chicago, actividad que formaba parte de su entrenamiento en Sociología [PRR, Addenda, fólder 9, caja 3]. Esa investigación comenzó el 1 de octubre de 1924 y recibió por ese trabajo 500 dólares, cantidad que correspondía a una beca de medio tiempo [*ib.*]. Como ya se mencionó, el instructor-supervisor de ese proyecto era Ernest W. Burgess, aunque al parecer Redfield entregaba además informes mensuales de sus avances a Fay-Cooper Cole, profesor interesado por la inmigración y los problemas sociales contemporáneos [PEWB, caja 13, fólder 4; Godoy, 1978; PRR, Addenda; Stocking, 1979].

En esos seis meses de trabajo de campo Redfield hizo visitas y recorridos por los barrios mexicanos, realizó observaciones, entrevistó a personas relacionadas con los migrantes y a ellos mismos, revisó y elaboró estudios de caso e historias de vida de trabajadores mexicanos, confeccionó cuadros, croquis y planos, reunió artículos e impresos de los periódicos mexicanos. Todo quedó registrado en el *Diario de campo*. Pero, hasta donde sabemos, una vez concluido el trabajo de

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
The Local Community Research Committee
Research Appointment 1924-25

Robert Redfield 3/25/24
5716 Rochester Ave.

The committee will recommend you for a research appointment if such an appointment is in accord with your wishes. Please reply to the undersigned.

The stipend is ~~\$~~ \$500

Research topic The Mexicans in Chicago

Supervising Instructor E.W. Burgess

L. Marshall
Executive Secretary

These appointments are made under the following conditions:

1. An appointment normally becomes effective October 1, 1924 and runs for three quarters. Other arrangements, however, may be made.
2. The stipend mentioned is the total stipend. It is not a quarterly stipend. It is not in addition to tuition fees incurred by the holder.
3. The holder of a \$500.00 appointment is expected to give approximately half his time to an authorized piece of research. A \$750.00 appointment normally calls for two-thirds time in research; a \$1000.00 appointment for full time.
4. An authorized research project is one that has been approved by the Committee. It must be carried on under the supervision of an instructor of professional rank.
5. Appointees may normally secure academic credit for the research work. Those who wish to secure credit will register for this research work in the usual way at the opening of each quarter and pay the appropriate tuition.

Fotografía 2. Contrato entre el Local Community Research Program y Robert Redfield para realizar la investigación en la comunidad mexicana de Chicago, 1924. Regenstein Library, Special Documents, Papeles de Robert Redfield.

campo Redfield no preparó ningún documento al respecto. Hay que recordar que en abril de 1925, cuando concluyó el estudio de los mexicanos en Chicago, Redfield tuvo que dedicar tiempo y esfuerzo a conseguir financiamiento, que fue lo que le permitió, en noviembre del año siguiente (1926), comenzar su investigación en Tepoztlán.

Al parecer, el proyecto de estudiar a la comunidad mexicana fue cancelado poco después. En la documentación de Burgess se encuentra un fólder con tres trabajos con los que, al parecer, se cerró el proyecto sobre los mexicanos en Chicago: el texto mecanoescrito de Manuel Bueno, "The Mexican in Chicago", otro documento mecanoescrito titulado "The Religious Life of the Mexican in

Chicago”, que es un bosquejo de investigación de Robert C. Jones, realizado probablemente en 1928.¹⁸ Finalmente, se encuentra una propuesta de investigación de Jackson Baur, sobre “Juvenile Delinquency in the Mexican Colony of South Chicago”,¹⁹ de tres páginas.

No hay constancia, ahí al menos, de que Redfield le hubiera entregado su *Diario de campo* a Ernest W. Burgess ni al LCRP. La última referencia a esa investigación se encuentra en un documento sin fecha, pero seguramente posterior, donde se dice que el estudio sobre “Mexicanos en Chicago”, de Robert Redfield, continuaba en México con apoyo del Social Science Research Council [PEWB, Caja 18, fólдер 1].²⁰

Como dijimos, en un principio Redfield había establecido un vínculo muy estrecho entre su estudio, recién concluido, en la comunidad mexicana de Chicago y la investigación, “primeramente etnográfica”, que se proponía comenzar en Tepoztlán [Redfield, 1928b; Godoy, 1978]. La investigación del comportamiento y las prácticas de los migrantes en Chicago le habían hecho interesarse, decía, por hacer un estudio en una comunidad rural mexicana [*ib.*]. En su solicitud de apoyo al Social Science Research Council Redfield afirmó que “una descripción de la vida en las comunidades de origen de los migrantes facilitaría la realización de un estudio intensivo de los problemas que surgían con relación a la creciente inmigración mexicana en Estados Unidos” [Godoy, 1978:55]. No sólo eso, “Una descripción de la cultura de los inmigrantes permitiría conocer sus maneras de pensar y, de ese modo, se podrían conocer los ajustes que requieren para acomodarse a su nuevo medio” [Godoy, 1978: 47].

¹⁸ Ese texto se publica en el capítulo 5 de este libro porque se encuentra entre los documentos de la caja 59 de Redfield. En los papeles de Redfield no aparece el nombre del autor, Robert J. Jones. Al parecer, Jones hizo un reporte sobre los mexicanos, que podría ser el que ahora publicamos, para la Chicago Church Foundation [Hutchison, 1999]. Su nombre no aparece mencionado en la lista de participantes del LCRP. Quizá, porque como dice Hutchison [1999], Jones presentó su tesis en el Seminario Teológico de Chicago. Pero el mismo Hutchison señala también que Jones tomaba clases con el propósito de ser admitido en el Programa de Doctorado en Sociología de la Universidad de Chicago cuando fue contratado por Taylor como asistente de investigación. Taylor [1970] señaló que, después de él, Robert J. Jones había realizado trabajo de campo entre los mexicanos; que ambos habían comparado observaciones y Jones le había permitido consultar sus notas y documentos. Al parecer, Jones era muy eficiente para realizar historias de vida y siguió interesado en el tema de la migración. Fue el traductor al inglés de *The Mexican Immigrant. His Life-Story* de Manuel Gamio. Más tarde, como funcionario, publicó trabajos sobre los braceros [Durand, 2007].

¹⁹ Hutchison [1999] menciona que Baur llevó a cabo una investigación, apoyada por la Works Progress Administration (WPA), basada en una amplia encuesta (2 000 casos) y entrevistas a familias mexicanas de South Chicago, sobre temas de desorganización social y delincuencia entre los inmigrantes. Este trabajo fue presentado por Baur como tesis de maestría. Según el mismo Hutchison, Baur era estudiante de posgrado de la Universidad de Chicago. Pero el nombre de Baur no aparece en los listados y tesis asociados al LCRP. Como quiera, Baur conocía muy bien la manera de elaborar historias de vida [*ib.*].

²⁰ Con todo, hay que decir que Burgess siguió interesado en la migración mexicana. En 1933 inició una encuesta a hogares (Mexicans on relief). Para hacer la muestra se censaron 939 hogares y 4 272 personas, por lo cual se había seleccionado a 42 familias para ser entrevistadas. Pero no hemos encontrado más información al respecto [PEWB, caja 52, fólдер 2].

Esa preocupación original de Redfield formaba parte de los intereses de la Escuela de Chicago: conocer, en la medida de lo posible, las comunidades de origen de los inmigrantes; interés que venía desde los tiempos de William I. Thomas –profesor en la Universidad de Chicago hasta 1918– cuyo estudio sobre los campesinos polacos inmigrantes [Thomas y Znaniecki, 1958] influyó de manera decisiva en Robert E. Park y Edgard W. Burgess, así como en toda la Escuela de Chicago [Faris, 1967]. Thomas pasó mucho tiempo en Europa recolectando materiales para ese estudio, además de lo obtenido en Estados Unidos. Empezó a recopilar –y a descubrir las posibilidades analíticas– de los materiales autobiográficos: cartas entre los campesinos polacos y sus parientes en Estados Unidos, notas de periódicos, documentos públicos, expedientes institucionales [Faris, 1967: 17].

Una cosa es evidente: Redfield –como todos los estudiosos de la Escuela de Chicago– siempre tuvo claro que su preocupación por la migración estaba vinculada a los procesos y efectos de la inmigración en Estados Unidos, desde un punto de vista académico, pero también de gestión y políticas públicas. La inmigración desataba, decía, “problemas políticos, administrativos, de inmigración, de bienestar en Estados Unidos” [Redfield, 1928]. Desde su punto de vista “nuestros asuntos exteriores son, en no poca medida, mexicanos y los inmigrantes que admitimos son, en gran medida, mexicanos” [*ib.* 243]. Por esa razón, justificaba, los antropólogos debían ir a los lugares de origen a conocer y estudiar a la gente que se desplazaba a Estados Unidos en busca de trabajo y mejores condiciones de vida [*ib.*].

¿Por qué Redfield abandonó esa preocupación por la inmigración mexicana? En su documentación no hemos encontrado pistas para contestar esa pregunta. Pero quizá se podrían avanzar tres ideas. Por una parte, el proyecto de investigación de Redfield, apoyado por el profesor Fay-Cooper Cole, fue originalmente presentado al comité de Scientific Aspects of Human Migration of the Social Science Research Council, creado en 1924 con el fin de llevar a cabo estudios multidisciplinarios sobre las migraciones. Por ese motivo, era evidente que el proyecto debía incluir el tema migratorio; asunto que, además, le interesaba a Cole. Aunque ese proyecto no obtuvo financiamiento, Redfield consiguió otro, con la misma propuesta, del programa administrado por el Council Committee on Research Fellowships, también del Social Science Research Council [Godoy, 1978].

En segundo lugar, lo que sabemos: una vez en Tepoztlán, Redfield fue atraído por la persistencia y el cambio social en sociedades indígenas; persistencia y cambio que se convirtieron en preocupaciones centrales de su trayectoria académica posterior. En tercer lugar, hay que decir que Tepoztlán resultó no ser el mejor lugar para estudiar la migración a Estados Unidos, al menos, en esos años. En verdad, Redfield [1930] no encontró migrantes de Tepoztlán a Esta-

dos Unidos. Durante la Revolución de 1910, sus habitantes, casi todos, habían salido de la comunidad, pero rumbo a la Ciudad de México, donde, desde la década de 1920, hubo una colonia de tepoztecos [Redfield, 1930; Lewis, 1951]. Fue mucho más tarde, con el Programa Bracero, cuando los jóvenes del pueblo comenzaron a salir rumbo a Estados Unidos [Lewis, 1960].

Ahora es muy sabido que el ámbito geográfico desde donde salieron los mayores contingentes de migrantes en las primeras décadas del siglo xx fue la región occidental del país, en especial los estados de Guanajuato, Jalisco, Michoacán, San Luis Potosí, Zacatecas [Camblon, 1926; Durand y Massey, 2003; Gamio, 1930; Jones, 1928]. De hecho, en el *Diario de campo* de Redfield y en las entrevistas de Manuel Bueno, los migrantes refieren sus orígenes a localidades rurales de esos estados. Pero Redfield fue atraído más por la sugerencia de Gamio de estudiar Tepoztlán que por lo que apuntaban los datos de sus entrevistas en Chicago.²¹

Como quiera que haya sido, lo cierto es que Redfield no volvió a ocuparse de la migración mexicana ni a preocuparse por la inmigración en Estados Unidos. En un solo párrafo de su tesis doctoral, presentada en agosto de 1928, mencionó que su interés original en México estaba asociado al estudio de las prácticas de los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos; párrafo que ya no tenía sentido y fue omitido en la edición de *Tepoztlán, a Mexican Village* [Redfield, 1930; Godoy, 1978].

The Local Community Research Program (LCRP)

Desde que se inició, a finales del siglo xix, el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, el estudio de la ciudad se convirtió en su principal objetivo; sin embargo, este propósito se concretó cuando confluyeron allí Robert E. Park, Ernest W. Burgess y Ellsworth Faris; equipo que diseñó y articuló un esquema de docencia e investigación ejemplar e irreplicable que influyó en la formación de estudiantes tan capaces como eficaces. A todos les preocupaba e interesaba entender las condiciones de vida urbana asociadas a la heterogeneidad de las comunidades, básicamente de inmigrantes, que convivían y se sucedían en el espacio urbano y la impresionante movilidad de esas poblaciones; los procesos de cambio y asimilación cultural de los inmigrantes que habían llegado a la ciudad en oleadas incesantes y sucesivas. El ajuste y los desajustes sociales, la integración y la asimilación de los inmigrantes eran asuntos de preocupación y reflexión desde el siglo xix en Estados Unidos [Abbott, 1926]. Se trataba, a fin

²¹Y esa fue la diferencia. Paul S. Taylor siguió la ruta que le mostraron sus entrevistados en Estados Unidos y así llegó a Arandas, Jalisco, donde realizó su investigación pionera y ejemplar [Taylor, 1933].

de cuentas, de analizar y comprender la intensidad del cambio social que experimentaba la región de Chicago, de encontrar regularidades en la aparente confusión de la vida urbana [Janowitz, 1925]. Pero le interesaba, además, promover la investigación y de ese modo sacar a la sociología de la discusión puramente especulativa que la caracterizaba hasta entonces [Faris, 1967; Stocking, 1979].

Así las cosas, a principios de la década de los veinte comenzaron a articularse los intereses, exploraciones, hallazgos, metodologías de trabajo que se desarrollaban en diferentes departamentos de la Universidad –sociología, ciencia política, economía, geografía, historia, servicio social y administración. Con el objeto de estimular los estudios interdepartamentales en torno a la vida urbana en Chicago y su región, los patrones espaciales y las formas culturales de vida en la ciudad, se formó el Local Community Research Program (LCRP) [Faris, 1967; Smith y White, 1929]. En 1923, gracias al financiamiento obtenido del Laura Spelman Rockefeller Memorial, el LCRP contó con recursos para llevar a cabo un programa de investigación interdisciplinario, que duró cinco años y que estudió, entre otras cosas, a diferentes grupos de inmigrantes en la ciudad: afroamericanos, alemanes, chinos, eslovacos, italianos, judíos, lituanos, polacos [PEWB, caja 191; Smith y White, 1929; Faris, 1967]. Nunca antes, tampoco después, un proyecto generó tanta investigación, tantos resultados. Fue la época de mayor creatividad y liderazgo de la Escuela de Chicago en la sociología estadounidense [Faris, 1967].

Los temas de investigación fueron innumerables: el estudio físico de la región, el diseño de mapas, el análisis demográfico, el desarrollo agrícola e industrial, las industrias, las formas de trabajo y las relaciones industriales, estadísticas de trabajo y salarios, ingresos y niveles de vida, la administración metropolitana y las agencias gubernamentales, los gobiernos locales, las actividades administrativas, los servicios sociales, las elecciones y las cuestiones electorales, las leyes de inmigración, los sindicatos, la legislación del trabajo y los asuntos laborales, la segregación residencial, las iglesias, el sistema de salud, el control social, actitudes, cambios en las familias, el crimen, la delincuencia juvenil, el trabajo infantil, las bandas, el suicidio [Smith y White, 1929]. Los estudiantes y estudiosos, siguiendo las recomendaciones de Park, recopilaban con mucho cuidado los impresos y periódicos de las diferentes comunidades étnicas. Se pensaba que una vez reunidos y analizados los datos acerca de las bases económico-sociales y los arreglos políticos de la región se podrían plantear diversas posibilidades de reorganización urbana [Smith y White, 1929].

Además, se trabajó intensamente en la creación y el mejoramiento de técnicas de investigación, cualitativas y cuantitativas [*ib.*]. Se trataba, entre otras cosas, de estandarizar y perfeccionar los métodos para el registro de las estadísticas sociales [*ib.*]. Se probaron, afinaron, validaron métodos cualitativos que perdu-

Burgess [1926].²² En total, bajo el cobijo intelectual y financiero del LCRP se publicaron 45 libros y monografías, 43 artículos, se concluyeron 90 trabajos que no fueron publicados y participaron 162 asistentes de investigación [Smith y White, 1929]. Fue en ese intenso y exigente ambiente de trabajo, discusión, debate e investigación que Redfield llevó a cabo su investigación en la comunidad mexicana de Chicago.

El punto de partida de esa investigación colectiva y simultánea del LCRP se nutría de varios supuestos de Robert Park y Ernest W. Burgess. Ellos,

Veían la ciudad como un agregado de muchos pequeños agrupamientos territoriales formados por colonias de inmigrantes de primera, segunda y tercera generación; comunidades suburbanas; suburbios industriales hobo-hemia,²³ suburbios residenciales; zonas de departamentos y casas. Cada uno de esos distritos conformaba un complejo cultural diferente, un mundo en sí mismo con instituciones y modos de vida propios. Ellos sentían que los datos generales sobre la ciudad no ofrecían información suficiente para la investigación sociológica, y que, por lo tanto, era necesario estudiar cada uno de esos ambientes sociales de manera detallada con el fin de comprender las situaciones sociales particulares, el asentamiento social y los problemas sociológicos específicos que allí se manifestaran. Cuando hallamos concluido [decían], tendremos un estudio muy completo de alrededor de cuatrocientos grupos territoriales que están pasando por alrededor de cinco diferentes estadios. Este es [...] el más extensivo y detallado estudio de comunidades y vecindarios que jamás se haya realizado y el hecho de que todos los casos hayan sido estudiados con las mismas técnicas, en el mismo periodo de tiempo y dentro del área de la ciudad, reduce el número de variables y nos ofrece material comparativo. Cuando tengamos todos los datos, esperamos analizarlos, probarlos a la luz de las teorías existentes acerca de la vida y las organizaciones comunitarias y hacer abstracciones a partir de los nuevos hechos científicos y las nuevas teorías sociológicas en relación a las fuerzas y procesos sociales y la vida comunitaria [PEWB, caja 13, fólder 1].

En general, los sociólogos de entonces estaban fascinados con las posibilidades de investigación etnográfica urbana en esos vecindarios étnicos, coloridos,

²² Hay que decir que contaban además con las posibilidades de publicación y difusión que les ofrecía la revista *American Journal of Sociology*, órgano oficial de la American Sociological Society, que se editaba en la Universidad de Chicago, cuyo editor en esos años era, invariablemente, un miembro de la Facultad de Sociología de dicha Universidad [Faris, 1967].

²³ Así se llamaba al vecindario de los hobos, los hombres solos, una peculiar mezcla de trabajador-vagabundo-viajero que abundó en Estados Unidos desde mediados del siglo XIX hasta la década de 1930; personajes magistralmente estudiados por Anderson, alumno también de la escuela de Chicago [1923] (capítulo 3).

diferentes, variados, donde habían tantas problemáticas públicas y tantos problemas sociales.

Algunas de las preocupaciones más consistentes de los sociólogos de la Escuela de Chicago con relación al comportamiento urbano tenían que ver con lo que denominaron ecología urbana, es decir, la relación entre los patrones espaciales de la estructura urbana con las formas culturales de vida en esos espacios; la desorganización social de los inmigrantes, el papel de la familia, la competencia y la asimilación, las relaciones raciales [Faris, 1967: 64]. Para Park y Burgess un tema clave era la desorganización social. Ellos rechazaban el argumento organicista tradicional en favor de una explicación sociológica relacionada con la socialización de los individuos, las formas de control social y la organización de la comunidad. O, dicho de otro modo, para ellos, la desorganización social e individual surgía cuando los individuos eran socializados de manera incompleta y diferenciada y los mecanismos de solidaridad y control social eran débiles [Faris, 1967: 87].

Los diversos estudios, las discusiones y reflexiones, les permitieron a Park y Burgess plantear algunas cuestiones generales básicas para entender los procesos urbanos: el crecimiento de la ciudad había que atribuirlo básicamente a la inmigración; se trataba de inmigrantes que llegaban a vivir directamente a los distritos centrales de Chicago; una buena parte de esos inmigrantes eran de origen rural y no estaban familiarizados con la vida urbana; además, provenían de los sectores de menores ingresos y niveles educativos de sus países de origen; por lo cual, sólo estaban calificados para los empleos que requerían bajos niveles de capacitación. De esa manera, ingresaban, efectivamente, a los empleos industriales, pero a los niveles menos calificados y peor pagados.

Los inmigrantes de bajos ingresos solían llegar a vivir a las zonas industriales, que eran poco atractivas en términos residenciales y, por lo tanto, más baratas. Los inmigrantes las preferían, además, porque les quedaban cerca de sus centros de trabajo [Faris, 1967]. Podían llegar caminando a las fábricas, no gastaban en transporte y, quizá, no corrían el riesgo de perderse en la ciudad. Se suponía que esos espacios deteriorados a los que llegaban los inmigrantes recientes eran los que dejaban los inmigrantes más antiguos –mejor ubicados en la estructura económica e integrados que se desplazaban hacia zonas residenciales mejores. Con todo, se reconocía que muchos tenían que seguir viviendo en espacios muy densamente poblados, donde convivían varias familias en lugares originalmente habilitados para una sola [Faris, 1967: 59].

Otro hallazgo importante fue que “las características extremas de pobreza, enfermedad y comportamientos problemáticos que se encontraban en los tugurios eran producto de la desorganización social, más que de la baja calidad genética de esas poblaciones, como se solía pensar” [Faris, 1967: 57]. Las inves-

tigaciones mostraron que “cada grupo étnico que había llegado a vivir a las áreas turgurizadas de la ciudad experimentaba los mismos problemas de desorganización; pero, en la medida, en que prosperaban y migraban hacia distritos más residenciales, los síntomas de desorganización declinaban” [Faris, 1967: 57]. Es decir, que las patologías del comportamiento humano estaban asociadas a los tipos de área urbanas y no a los grupos étnicos particulares que las habitaban [Faris, 1967: 57]. No sólo eso, las investigaciones mostraron que en las zonas turgurizadas vivían inmigrantes que no estaban “desorganizados” antes de llegar a la ciudad. La migración no había sido selectiva hacia personas “inferiores”, sino, por el contrario, hacia individuos con mayores ambiciones e iniciativas que sus parientes y amigos que no habían migrado [Faris, 1967].

Las investigaciones que realizaban, remarcaba Burgess, no eran meramente descriptivas, en el sentido de la antropología *folk* que se practicaba en ese tiempo. Por el contrario, sus estudios “eran analíticos y se concentraban en explorar los patrones de comportamiento y los procesos de adaptación y cambio de los inmigrantes en el nuevo ambiente económico en el que se insertaban. La hostilidad y la tensión entre los grupos étnicos eran fenómenos sociales objetivos que había que explicar [Faris, 1967: 36].

De cualquier manera, se ha señalado, no sin razón, que los sociólogos de la Escuela de Chicago no lograron incorporar el conflicto y la discriminación, sobre todo raciales, como elementos claves para entender las formas y contenidos de las relaciones e interacciones entre los diversos grupos que formaban parte de la trama urbana [Steinberg, 2007].

Otra característica notable de Park y Burgess era que solían enviar a sus estudiantes a hacer pequeños ejercicios de campo sobre los asuntos que se estaban debatiendo en las clases y, sobre todo Burgess, organizaba salidas a conocer comunidades o instituciones de interés sociológico [Faris, 1967: 64]. En esas incursiones en el trabajo de campo y en las investigaciones que realizaban para el LCRP, los estudiantes probaban, aprendían, desechaban, escogían técnicas de generación y recolección de datos estadísticos, geográficos y etnográficos; aprendían a confeccionar croquis, planos y estadísticas, a diseñar muestras y establecer márgenes de error; a reunir materiales impresos, a elaborar genealogías, hacer recorridos de área, utilizar los expedientes de casos sociales, hacer observación participante, realizar entrevistas sistematizadas a todos los que tenían que ver con algún problema social, diseñar y llevar a cabo entrevistas dirigidas, trabajar con informantes, hacer estudios de caso e historias de vida. En ese tiempo se usaron y convirtieron en auténticas herramientas de trabajo etnográfico la confección de croquis y planos, las caminatas [recorridos de área las llamamos hoy], la observación a secas y la que llamamos participante, los estudios de caso, las historias de vida [Harvey, 1983].

Redfield estaba convencido de que las historias de vida se prestaban para rescatar no sólo los datos objetivos de la vida de los entrevistados sino también sus puntos de vista [Redfield, 1931]. La racionalización se convertía en un dato científico en la medida en que las personas actuaban de acuerdo a cómo pensaba o asumían las situaciones en que se encontraban [*ib.*]. En ese sentido, las historias de vida proporcionaban elementos para entender los “mecanismos que hacían posible que se desarrollara el orgullo y la sensibilidad raciales” [Redfield, 1931].

Redfield, sin duda, estaba muy familiarizado con los propósitos y maneras de trabajar de todos esos estudiosos, en especial, de los sociólogos. Robert E. Park no sólo era su suegro sino una de las figuras más poderosas e influyentes en su vida. En ese tiempo Redfield tomó cuatro cursos que impartieron “Robert Park y Robert Faris, leyó la introducción de Park y Burgess para el curso de sociología sistemática que tomó en el verano de 1925 y llevó el curso de ecología humana impartido por McKenzie” [Godoy, 1978: 52]. No cabe duda entonces de que Redfield conocía y compartía los planteamientos, argumentos y propósitos de la Escuela de Chicago.

En síntesis, Redfield, así como sus compañeros y maestros de la Universidad de Chicago, estaban convencidos, lo reiteró años después, de que la naturaleza humana era producto de la vida social [Faris, 1967; Redfield, 1949], o si se quiere, que las claves del comportamiento humano había que buscarlas y entenderlas en la vida social. Estaba convencido también de que los antropólogos debían llevar a cabo estudios etnográficos de sociedades contemporáneas para entender y enfrentar las realidades y problemas sociales del presente [Redfield, 1928; 1949]. Redfield había aprendido también la importancia de la investigación activa [Faris, 1967: 40]. Sabía que había que observar, recoger y recopilar sus propias experiencias; leer para seleccionar y reunir materiales en función de esas lecturas; reconocía la importancia y conocía las maneras de coleccionar, clasificar e interpretar materiales de campo [*ib.*]. Redfield afirmaba que la “etnografía no era una fotografía”. Para él, la etnografía suponía una selección de elementos que variaban de acuerdo con los intereses, el temperamento y la experiencia del etnógrafo. La selección estaba determinada por los “intereses del etnógrafo en cada momento y las posibilidades de estudiar, en el campo, el cambio social” [Redfield, 1928b].

Con ese bagaje Redfield, comenzó el 5 de octubre de 1924 su trabajo de campo con los trabajadores mexicanos que habían llegado a Chicago. Y lo hizo con una visita a la zona de Hull House, uno de los espacios, eso lo sabía Redfield, que reunía a buena parte de esos migrantes, tan recientes como crecientes, en la trayectoria de la ciudad.

¿Cómo estudiar una comunidad de inmigrantes en Chicago?

Redfield tenía claro, desde el principio, tres cuestiones: por una parte, que su trabajo debía incluir “una descripción de la migración de los mexicanos a Chicago y de su vida aquí, es decir, una especie de “historia contemporánea” [PEWB, Caja 13, fólder 4].²⁴ Por otra parte, que se trataba de un estudio del contacto cultural, es decir, de los conflictos y el acomodo de esos migrantes particulares a la ciudad de Chicago. Finalmente, que se trataba de una investigación “básicamente exploratoria” [*ib.*]. Para ello, antes de empezar, Redfield había recolectado y leído la “literatura disponible acerca de la inmigración mexicana a Estados Unidos” [*ib.*].

Al mismo tiempo, disponía de un repertorio de técnicas de investigación que poner a prueba en el campo, técnicas que pueden ser vistas como un excelente ejemplo de etnografía actual:

localización y establecimiento de relaciones amistosas con “líderes” de la comunidad mexicana y con norteamericanos que están en contacto con ellos; entrevistas con trabajadores sociales, maestros de escuelas públicas, empleadores, residentes de los viejos vecindarios y otros que estén familiarizados con los mexicanos en Chicago; visitas y croquis de las comunidades mexicanas en la ciudad; entrevistas con mexicanos y elaboración de historias de vida; examen y análisis de los expedientes de casos sociales que se encuentran en las agencias de asistencia sociales [*ib.*].

Otro de los propósitos de Redfield era elaborar un mapa de los lugares de origen de los mexicanos en Estados Unidos, pero al parecer no lo llevó a cabo.

Pero, una vez en el campo: ¿qué hizo?, ¿cómo lo hizo?, ¿qué técnicas utilizó?, ¿qué buscó, qué privilegio, qué encontró?, ¿qué imágenes recibió, construyó y proyectó acerca de los migrantes mexicanos?

Una preocupación consistente de la investigación de Redfield fue establecer los límites físicos y sociales de los asentamientos mexicanos con relación a otros inmigrantes. Le preocupaba, además, conocer la ubicación de los migrantes en la dinámica laboral y residencial de la ciudad; sus interacciones con otros grupos; sus formas de inserción en la trama urbana; sus aspiraciones y proyectos como inmigrantes. Porque, hay que decirlo, Redfield siempre pensó que se trataba de un nuevo flujo inmigratorio, es decir, de población extranjera, como toda la que había llegado antes a Chicago, que se iba a quedar, a permanecer, se iba a integrar en la dinámica de la ciudad.

²⁴ Este documento que se encuentra en la documentación de Burgess puede ser la respuesta a la carta que le dirigieron a Redfield el 24 de marzo de 1925 en la que le decían que el Comité Ejecutivo del LCRP había solicitado un informe, breve pero detallado, del avance de su investigación durante el trimestre de invierno de 1924 [PEWB, caja 18, fólder 4].

Para observar y conocer Redfield acudió en 20 ocasiones a los barrios mexicanos. Buscó documentar en persona su presencia, detectar la existencia de negocios especializados relacionados con ellos, ver sus condiciones de vida y, desde luego, documentar la convivencia, las tensiones con otros grupos étnicos, los desplazamientos espaciales de los diferentes grupos de población. Caminó por calles y parques; visitó las tiendas; solicitó y recopiló periódicos, descubrió las viviendas en carros de ferrocarril y los edificios donde vivían infinidad de familias; entró a los edificios, por lo regular de ladrillos; observó los cuartos, muchas veces hacinados y oscuros; registró el mobiliario, siempre escaso, pobre e ineficiente para los rigores climáticos de esa ciudad fría y ventosa.

Dedicó buen tiempo a la búsqueda de información oficial, pero también a la recuperación de ideas, experiencias e impresiones, con los encargados de dependencias públicas y empleadores en torno a cuestiones laborales, a la dinámica de las relaciones raciales en las empresas. Quería saber el número de trabajadores mexicanos que empleaban, las razones de los empleadores para contratarlos o excluirlos, los puestos que ocupaban, su permanencia en los trabajos, los salarios que recibían, las relaciones con otros trabajadores. Generó información mediante dos conocidos suyos: Manuel Bueno y Samuel Cohen, un compañero de la universidad que vivía en Brighton Park, donde lo hacían muchos migrantes que trabajaban en las empacadoras y los ferrocarriles.

Dedicó tiempo también a conseguir materiales impresos, a buscar publicaciones en los diversos asentamientos mexicanos. La recopilación de materiales impresos –periódicos, volantes, panfletos– formaba parte de la tradición de la Escuela de Chicago. Robert E. Park había sido periodista y en 1922 publicó un estudio exhaustivo acerca de la prensa inmigrante en Chicago [Park, 1922]. Las publicaciones en español, decía, habían aumentado en la medida en que se incrementaba el flujo migratorio. No obstante, decía también, se trataba de publicaciones efímeras.²⁵

¿Qué preguntaba Redfield a los migrantes? Quería que le hablaran de sus antecedentes familiares en México; de sus travesías y tiempo de estancia en Estados Unidos; de las razones de haber migrado a Chicago; de las vicisitudes, los ritmos del trabajo y la vida en la ciudad; de sus percepciones y opiniones sobre otros trabajadores, en especial, otros migrantes; de sus propósitos y planes de retorno a México. Pero también dejaba fluir las conversaciones, sobre todo cuando los migrantes empezaban a hablar de sus relaciones con otros grupos étnicos.

Con todo, la técnica más trabajada por Redfield fue la de revisar y analizar los expedientes de casos sociales de migrantes que acudían a distintas agencias

²⁵De acuerdo al estudio de Park, entre 1884 y 1920 habían 417 publicaciones en español, pero la mayoría (334) habían desaparecido.



Fotografía 4. Reunión de obreros de las empacadoras.
Chicago Historical Society, 1925.

de asistencia social –públicas, privadas, educativas, religiosas– a recibir diversos tipos de apoyos y servicios: comida, ayuda para conseguir empleo, pasajes de regreso a la frontera, educación para los niños, clases de inglés para los adultos, atención médica. En esas dependencias interrogaba a las trabajadoras sociales, médicos, ministros; observaba las interacciones; recopilaba información cuantitativa y comparativa; escuchaba, recogía y registraba con atención los puntos de vista subjetivos sobre las familias que atendían.

De los expedientes familiares le interesaba recuperar los nombres, las direcciones en Chicago, los lugares de origen y las actividades de la familia en México, la fecha, las escalas, las condiciones de entrada a Estados Unidos, las fechas y rutas de llegada a Chicago, el idioma que hablaban y el manejo del inglés, la ocupación que tenían, ellos y sus padres, antes de salir de México y la que tenían en Chicago, el tiempo de estancia en la ciudad. Siempre preguntaba acerca de la intención –y las razones– de quedarse o irse de Chicago. Le interesaba recopilar información acerca del alojamiento –condiciones y precios–, salarios, empleo, apoyos que recibían, religiones que practicaban.

Redfield sabía convertir los expedientes de las familias atendidas por los servicios sociales en historias de vida. Quizá el expediente de caso social más exitosamente convertido en historia de vida sea el de Ladislao Durán, un extorero nacido en la Ciudad de México que había ejercido diferentes oficios en Chicago y recibía ayuda de una organización de caridad cuando lo recuperó Redfield (capítulos 4 y 5).

La predilección por trabajar con los expedientes sociales puede tener que ver con dos hechos. Por una parte, la impresionante cantidad y calidad de la información que reunían y generaban las agencias de asistencia social acerca de las familias que necesitaban ayuda. Hay que decir que en Estados Unidos –y en Chicago en especial– había una larga y bien organizada tradición de asistencia social a los inmigrantes [Abbott, 1924]. Las diferentes dependencias de asistencia social en Chicago trabajaban de manera coordinada y solían participar en proyectos de ayuda e investigación conjuntos [Houghteling, 1927]. En segundo lugar, quizá porque se le facilitaba trabajar con materiales en inglés, al menos al principio.

Seguramente después de su viaje a México, Redfield hablaba o entendía español, habilidad que al parecer perfeccionó durante el trabajo de campo. Tanto, que en alguna ocasión, hacia el final del trabajo de campo ya se desempeñaba como traductor para las agencias de asistencia social que no podían comunicarse con facilidad con los migrantes. Pero también es cierto que en un principio buscó los servicios de un “intérprete e intermediario” que le ayudara a “recopilar historias de vida”, proyecto que, muy pronto se dio cuenta, no prosperó: el candidato lo dejó plantado dos veces. Redfield, en ese momento, decidió “abandonar ese plan” y ese mismo día, 31 de octubre de 1924, comenzó a conversar en español con dos jóvenes, a hacer sus primeras entrevistas.

Hay que mencionar que el hincapié en los casos sociales puede haber sesgado la investigación de Redfield en tres sentidos, a lo menos. En primer lugar, hacia familias y personas que estaban, efectivamente, en muy mala situación económica y laboral, que eran las que acudían a los servicios sociales. En segundo lugar, puede haber sobreestimado la presencia de mujeres, varias de ellas viudas, que por eso mismo buscaban ayuda. Hay que recordar que en ese tiempo predominaban los migrantes solos [Jones, 1928]. Seguramente muchas de las mujeres que eran atendidas como casos sociales se regresaron a México, pero quizá hubo otras que se quedaron y contribuyeron a fortalecer la comunidad mexicana en Chicago.

Un tercer sesgo se refiere al trabajo femenino y, en general, a los otros ingresos que percibían las familias. El *Diario de campo* ofrece escasísima información acerca de las actividades remuneradas que llevaban a cabo las mujeres. Por lo

regular, lo que mencionó y registró fue la actividad laboral de los hombres. Los servicios sociales encontraban a las mujeres en sus domicilios, sin empleo evidente y en condiciones donde ellas, en general, hablaban poco y, por razones obvias, no solían referirse a ese tema. Pero hay que decir también que se trataba de familias con varios hijos, muchos de ellos pequeños, que requerían de la atención materna, lo cual explicaría también que ellas permanecieran en los hogares.²⁶

Lecciones de un *Diario de campo*

En su *Diario de campo*, Redfield recogió, con orden y minuciosidad, la información y las impresiones que le transmitieron sus informantes, sus entrevistados, los estudios de caso y lo que a él mismo le llamó la atención. Puede decirse que, en algunos casos, el *Diario* ratifica lo que hoy sabemos de la migración mexicana a Chicago. Eso de por sí es un gran mérito: las evidencias de su trabajo no pueden ser desmentidas. Pero también descubre, muestra, insinúa, matiza, propone temas y asuntos que no han sido tan explorados en la literatura, en especial, la percepción de los migrantes sobre su condición, su pasado y su futuro.

El *Diario de campo* tiene otro atributo: logra transmitir la sensación de novedad, de sorpresa, de construcción de las primeras imágenes acerca de la migración mexicana; del desconocimiento de su magnitud, de su dinámica, de sus características. Sin duda, Redfield confirmó algunos de los supuestos de la Escuela de Chicago respecto a los migrantes recientes en términos laborales y residenciales; sin embargo, la migración mexicana le reservaba, a fin de cuentas, una gran sorpresa.

En términos generales, todos sus informantes le transmitieron a Redfield la impresión de que habían grandes variaciones en la cantidad de población mexicana que llegaba cada año a Chicago y gran diversidad en cuanto a sus características [a veces, le decían, llegaba gente más educada que otras]. Esto, claro, se reflejaba, en grandes diferencias en el número de niños que acudía a las escuelas cada temporada. Ante tanta variedad de situaciones, no resulta extraño que muchas agencias de asistencia social, públicas y privadas, planearon la aplicación de encuestas a los trabajadores mexicanos.

La investigación de Redfield mostró algunas de las especificidades de la migración mexicana a Chicago: sus estudios de caso sugieren que la Revolución de 1910 había sido un detonador de la migración; pero se habría trata-

²⁶ Ese mismo año, 1925, un estudio con 27 familias inmigrantes no mexicanas consideradas también como casos sociales registró que las esposas de siete hogares trabajaban, por lo regular, en el servicio doméstico; documentó, además, la existencia de trabajo infantil y el empleo asalariado de los hijos mayores que contribuían al ingreso familiar [Houghteling, 1927].

do, en un principio, de flujos de población que se movían por los estados del suroeste estadounidense, es decir, que permanecían cerca de la frontera con México. En ese sentido, el *Diario de campo* pone en evidencia un fenómeno menos conocido, menos explorado en la literatura: muchas de las familias que llegaron a Chicago en la década de 1920 contaban con una larga trayectoria migratoria, sobre todo en el suroeste de Estados Unidos, es decir, ya había una importante tradición laboral de los mexicanos como jornaleros migrantes.

La migración a Chicago era, sin duda, muy reciente, de hecho, la más reciente en la trayectoria de la ciudad: se había iniciado en 1916, durante la primera guerra mundial (1914-1918), pero sobre todo después de 1921, después de una breve depresión que estaba muy presente en la memoria de sus entrevistados. El trabajo de Redfield detectó tres modalidades de llegada, a lo menos. En primer lugar, la migración laboral inducida. Los primeros migrantes llegaron a Chicago contratados por las compañías, sobre todo ferrocarrileras, que los habían reclutado en el sur de Estados Unidos, donde muchos de ellos eran obreros del traque. En segundo lugar, había quienes llegaron, por su cuenta, a trabajar directamente a los establecimientos industriales. En tercer lugar, el *Diario de campo* mostró la existencia de otra vertiente, quizá menos conocida, de llegada a la ciudad. Eran los jornaleros itinerantes que llegaban a Chicago, a comienzos del invierno, después de haber concluido las labores en la cosecha de betabel en Michigan. Tenían ahorros y buscaban trabajo, pero muchas veces no lo conseguían. En la medida en que se consumían sus escasos recursos empezaban a recurrir a las organizaciones de caridad. Una de esas instituciones calculaba que los peores meses para esos inmigrantes eran enero, febrero y marzo, cuando las reservas se les agotaban. El *Diario de campo* también mostró que, una vez en Chicago, la contratación, en algunos casos, empezaba a correr por las vías del parentesco: había encargados de fábricas que recurrían a los trabajadores contratados para cubrir las vacantes. En un día, le dijeron, los obreros producían un hermano o primo que aceptaba el empleo. De esa manera se reforzaba el paisanaje mexicano en algunas empresas. En ese tiempo, había pocos, muy pocos migrantes en los servicios o el comercio.

En 1924, constata el *Diario de campo*, los mexicanos se habían insertado en casi todas las ramas industriales de la ciudad. Pero, se ratificó también, que eran los que ocupaban los puestos de menor calificación, donde había alta rotación de mano de obra y se percibían los salarios más bajos. Redfield documentó que había diferentes percepciones y políticas de contratación respecto a los trabajadores mexicanos: algunas empresas tenían por regla no emplearlos; otras, por lo regular las grandes compañías, contrataban sólo algunos; en otras se sospechaba que había políticas deliberadas para sacarlos de los puestos que ocupa-

ban. Se aceptaba que los mexicanos, como migrantes recientes, eran empleados en los puestos menos calificados y, de esa manera, contribuían a mantener los salarios bajos y evitar huelgas. Parecería, incluso, que los trabajadores mexicanos estaban más expuestos que otros a los ciclos de empleo y desempleo de las empresas, es decir, eran los primeros despedidos cuando se aplicaban políticas de reducción de personal. Pero, cuando querían retenerlos, las empresas ofrecían pagarles hasta el viaje de regreso a la frontera.

Ante esa variedad de situaciones, las agencias de asistencia social que les ayudaban a conseguir empleo, preferían relacionarse con empresas que efectivamente los contrataban, aunque fuera, y eso bien lo sabían, porque les pagaban menos que a otros trabajadores. Ya había, y eso se advierte muy bien en el *Diario de campo*, una explicación muy generalizada, ampliamente difundida para justificar los bajos puestos que tenían y los bajos salarios que recibían los mexicanos: ellos, se decía, no tenían experiencia previa como trabajadores industriales, pero, sobre todo, se trataba de una población muy móvil, de gente que iba y venía; razón por la cual no valía la pena invertir en su calificación y promover su permanencia.

El mercado de trabajo estaba delimitado por fronteras raciales, aunque en ocasiones no se reconociera. Algunos entrevistados afirmaban que los mexicanos eran tan buenos trabajadores como cualquier otro y rechazaban que hubiera diferencias raciales para contratarlos o ubicarlos en ciertos puestos. En algunas empresas, le dijeron a Redfield, los mexicanos competían con los negros; en otras, los obreros blancos no querían trabajar junto a los mexicanos; los mexicanos decían que en las fábricas, competían con los polacos, que eran los que conseguían los mejores puestos y les dejaban los trabajos "sucios"; en una empresa de pintura, le comentaron a Redfield, contrataban mexicanos porque debido a su color de piel no les hacía daño la pintura. Lo más sorprendente del *Diario de campo* es que fuera Redfield y, en general, los estadounidenses los que aludieran con más insistencia a la cuestión racial, más, sin duda, que los migrantes. Los mexicanos, en ese momento, no eran tan sensibles ni les preocupaba demasiado la discriminación racial en el mundo del trabajo.

En el *Diario de campo* casi no se menciona la presencia de mexicanas en las empresas, aunque a Redfield le dijeron que había establecimientos industriales que empleaban mucha mano de obra femenina. En los estudios de caso se recupera algo, muy poco, de la presencia femenina fabril, de mujeres jóvenes y solteras, en todo caso. Las mujeres casadas no solían trabajar, ni siquiera en situaciones muy difíciles: ellas estaban a cargo de muchos hijos, en las empresas pagaban poco y alguna consideró que el trabajo en Chicago era muy pesado, a diferencia de México. Pero hay que mencionar también que casi todas las familias mexicanas recibían huéspedes, en calidad de pensionados, cuya atención,

lo sabemos, siempre recaía sobre las mujeres [Señoras de Yesteryear, 1987]. Por esa vía, tan socorrida en ese tiempo, las familias obtenían ingresos adicionales. El *Diario de campo* deja entrever, muy de paso, una situación así: la señora Sofía Chávez, viuda, que vive con su madre, “sirven comidas y tienen un inquilino”.

Lo que sí recupera el *Diario* son algunas de las otras actividades que realizaban los migrantes; actividades que tenían que ver con las necesidades de la comunidad mexicana en formación: profesor de inglés, alguien que laboraba “casi” como trabajador social, establecimientos comerciales atendidos por sus propietarios, organizaciones sociales, grupos de canto, clases de danza. Sólo una persona, Ladislao Durán, apareció ejerciendo muchos oficios: hechura de velas a domicilio, modelo en el Art Institute, cocinero, elaboración y venta de salchichas a los paisanos de los campamentos ferrocarrileros. La riqueza etnográfica de la familia Durán, trabajada como historia de vida, le permitió captar que había esa variedad de empleos, situación que quizá no era tan infrecuente entre los migrantes.

Redfield indagó con insistencia sobre las razones de la migración a Chicago y muchas respuestas aludieron, sin duda, a la falta de empleo y a la difícil situación política en México. Sin embargo, Redfield captó y registró otros señalamientos. Varios de sus entrevistados le dijeron que ellos no eran pobres en México, no era por eso por lo que migraron. Insistían en que eran profesionales en México (ingeniero, contador), habían sido comerciantes o empleados públicos; en que tenían tierras, que sus familiares en México “trabajaban con la cabeza, no con las manos”; que ellos no habían trabajado en su país, que habían migrado por la situación política o, simplemente, por la aventura. Esto, a pesar de los empleos que tenían y las condiciones de vida en que se encontraban.

Los mexicanos, en su calidad de migrantes laborales recientes, llegaron a vivir a los vecindarios baratos y deteriorados del centro y los alrededores de Chicago [Hughes, 1925] que fue donde los encontró y conoció Redfield. En todos sus recorridos y visitas constató que los migrantes se ubicaban en los espacios más tugurizados de la ciudad, donde se traslapaban patios de ferrocarril de diferentes compañías, fábricas, bodegas, almacenes, con viviendas de varios tipos, en especial, vagones de ferrocarril abandonados que los migrantes convertían en viviendas. En verdad, muchos migrantes vivían en campamentos de vagones de ferrocarril. Una de las ventajas de esos vecindarios, decían los trabajadores, era que quedaban cerca de sus lugares de trabajo, en especial, de los ferrocarriles, un empleo que a muchos era el que les gustaba.

Originalmente, le dijeron, la zona central a la que habían llegado los mexicanos era un viejo “distrito cosmopolita, que incluía italianos, eslovacos y chinos”. Pero los residentes de esas nacionalidades se habían ido cuando comenzaron a llegar a vivir ahí mexicanos y negros. Al parecer, primero habían llegado

los negros, pero éstos comenzaron a ser desplazados por los mexicanos. Le dijeron también que en el vecindario de Brighton Park, otro espacio en proceso de mexicanización, habían vivido, en la década de 1890, judíos, en la siguiente década, polacos y, a partir de la primera guerra mundial, los mexicanos. Y éstos se seguían moviendo, siempre moviendo, incluso al interior de la ciudad.

La llegada de mexicanos a un vecindario, le dijeron, tenía dos efectos: abatía el valor de la propiedad de los inmuebles; pero, al mismo tiempo, aumentaba los precios de renta, los rentistas les cobraban más por recibirlos. Las condiciones de vivienda que con gran atención describe Redfield eran deplorables: los edificios, corredores y pasillos estaban muy descuidados, carecían de servicios mínimos, no había mantenimiento; los cuartos de los edificios eran oscuros, lúgubres, sucios, carecían de ventanas; las pensiones eran viejas; los pisos de los cuartos eran de cemento; las viviendas en los campamentos de vagones de ferrocarril eran inhóspitas; todo, además, inadecuado para los rigores del clima de la ciudad. Dos encargadas de United Charities le dijeron a Redfield que les llamaba la atención que los mexicanos, a diferencia de otros migrantes, llegaran a Chicago sin equipaje, sin cosas personales de valor, sin imágenes religiosas, sin muebles, a veces ni siquiera ropa, aparte de la que llevaban puesta. El mobiliario, lo constató Redfield, siempre era escasísimo, elemental.²⁷ A lo sumo, una fotografía, un metate.

Redfield siempre estuvo muy atento respecto a la etnización del espacio, es decir, a la aparición de establecimientos que respondieran a las necesidades específicas de la comunidad. Así, documentó la presencia de diversos establecimientos comerciales especializados en la clientela mexicana: barbería, farmacia, panadería, restaurantes, sastrería, pero sobre todo, billares, gran cantidad de billares, donde Redfield observó, casi siempre, a muchos hombres jugando. Pasaban muchas de sus horas de descanso ahí, sobre todo los migrantes solos. Algunos billares ofrecían cuartos en renta, camas incluso. El billar parece haber sido un espacio importante, frecuente, accesible de encuentro e interacción social entre los mexicanos, quizá también de relación interétnica: ahí, le mencionaron a Redfield, convivían mexicanos y negros. Pero el avance de los establecimientos especializados para la comunidad mexicana había significado la aparición de tensiones con otros grupos, en especial, con los negocios de los judíos, polacos, en menor medida, irlandeses.

Los migrantes preferían vivir cerca unos de otros; así iban colonizando edificios y vecindarios. El número de cuartos que tenía una familia era muy variable. En

²⁷ El contraste con el equipamiento de otras familias de inmigrantes [alemanas, holandesas, italianas, negras, polacas], también casos sociales, era notable: ellas tenían más muebles, camas, baño con agua caliente, electricidad, calentador, estufa, horno, una máquina de coser, algún instrumento musical, un recuerdo valioso del lugar de origen. Esos contrastes los conocían bien las trabajadoras sociales que eran las que visitaban los hogares [Houghletting, 1927].

verdad, una familia podía tener dos o más cuartos porque recibían y atendían huéspedes; hombres solos que pagaban por el alojamiento, quizá también por la comida y el lavado de ropa.²⁸ Le dijeron a Redfield que sólo una décima parte (10%) de los migrantes vivía con su familia en Chicago; el resto eran hombres solos que enviaban dinero a sus familiares en México. A éstos no les gustaba vivir solos, preferían acomodarse con alguna familia. Los estudios de caso del *Diario* sugieren que una modalidad habitual de residencia era la vivienda conjunta de dos o más parejas o dos núcleos emparentados, por lo regular, por medio de hermanos: dos matrimonios con hijos; una pareja con sus hijos y alguna hermana, por lo regular viuda o abandonada, con sus hijos; a veces, también la madre de alguno de los núcleos. Había parejas que no estaban casadas; algunas, que habían tenido matrimonios previos. Quizá ocho personas componían un hogar. Otra forma de residencia era, efectivamente, la de varios hombres solos, más de cuatro por lo regular, que compartían cuartos en algún edificio o algún vagón de ferrocarril. Al parecer, había también, aunque en menor proporción, casas que eran exclusivamente de huéspedes y locales donde se rentaban camas.

Los estudios de caso descubren que la comunidad mexicana era muy endogámica. Redfield, que estaba siempre atento a las cuestiones raciales, detectó apenas dos matrimonios interraciales: una mexicana casada con un indio estadounidense y un matrimonio negro-mexicano, sin mayor precisión. El *Diario de campo* indica que los mexicanos llegaban casados o hacían llegar sus esposas a Chicago. Una costumbre que llamaba mucho la atención era que las mujeres atendieran sus partos en las casas, con ayuda de los maridos, cuando mucho, de una partera. No se trataba sólo de dinero; las mujeres no querían que los médicos las vieran. Tampoco les gustaba la idea de hacer algún tipo de control natal. Había cierto orgullo con relación a la salud, al número de hijos, a la longevidad en México. En principio, los solteros no se casaban en Chicago. La relación de los solteros parece haber sido, en todo caso, con prostitutas, en especial, trabajadoras sexuales polacas que acudían a las fiestas en los vecindarios mexicanos.

En contraste con otros grupos de inmigrantes, a los entrevistados por Redfield les llamó, siempre, la atención la fuerte solidaridad que había entre las familias mexicanas. Cuando alguien se quedaba sin trabajo podía sobrevivir gracias a los recursos del grupo familiar, lo cual era crucial en un sistema laboral donde se sucedían los ciclos de empleo y desempleo. El apoyo era especialmente importante, estaba muy presente entre hermanos y hermanas.

²⁸Esta parece haber sido una diferencia importante con otras familias migrantes de la misma época (1925), también en Chicago. De los 27 casos sociales de familias migrantes no mexicanas presentados por Houghteling [1927] sólo cuatro tenían inquilinos. Una familia, negra, tenía tres; las otras, también negras, sólo uno. Las demás eran familias nucleares, es decir, padre, madre e hijos. Sólo en un caso la madre de la esposa formaba parte del hogar.

Llamaba la atención que los migrantes fueran, en su mayoría, personas alfabetas que sabían escribir y leer en español. La comunidad mexicana transmitía la imagen de que eran buenos trabajadores, así como buenas personas, amables, pacíficos, inofensivos, nunca se les veía “enojados o disgustados”, le dijeron. El mismo Redfield destacó, siempre, el trato amable que recibió en sus visitas, pláticas y entrevistas con mexicanos. Por lo regular, los migrantes no solían involucrarse en peleas y había pocos arrestos en relación a la cantidad de gente que había. Sólo le platicaron de una redada en una fiesta y le comentaron que cuando los mexicanos llevaban armas era para defenderse de los negros.

Redfield no indagó demasiado acerca de la vida social y las formas de organización de los mexicanos. Pero algo se desprende del *Diario de campo*. A los mexicanos les gustaba, le dijeron, bailar, hacer fiestas, para eso tenían una gran capacidad de organización y de reunión. Redfield encontró anuncios de bailes con variedades y se daban clases de baile en Hull House.

En contraste, la vida religiosa de los migrantes era, al parecer, mucho más difícil de captar y entender. La impresión generalizada fue que no eran muy religiosos, se les veía como indiferentes: asistían poco a las iglesias y, en todo caso, eran las mujeres las que acudían; cuando los invitaban a celebraciones, decían que irían pero no llegaban; aceptaban las ayudas, pero no se comprometían a la participación ni a la conversión; había parejas que no estaban casadas, etc. Una misionera protestante, que estaba casi convencida de haber logrado una conversión, quedó impresionada cuando, a la hora de la muerte de un miembro de la familia, todos quisieron un funeral católico. Esa impresión de poca religiosidad contrasta con lo que sabemos de los migrantes de ese tiempo, que provenían de entidades –Guanajuato, Jalisco, Michoacán– asociadas al catolicismo más arraigado y tradicional de México. Como toda hipótesis sujeta a discusión, se podría pensar que los migrantes evitaban ser muy explícitos en sus manifestaciones religiosas en la medida en que percibían que muchas de las ayudas que recibían provenían de organizaciones protestantes que de una u otra manera buscaban también adeptos.

De hecho, el *Diario de campo* deja entrever que había una fuerte competencia entre las iglesias por la feligresía mexicana: diversas denominaciones de iglesias protestantes, también la católica, se acercaban a los migrantes a ofrecerles apoyo espiritual y ayuda material, pero también a evangelizarlos, por supuesto. De cualquier modo, los migrantes aprendieron a enfrentar y confrontar, quizá por primera vez en sus vidas, la diversidad religiosa, la existencia de símbolos, prácticas, estrategias y ritos muy diferentes a los suyos.

Redfield buscó pero encontró escasas organizaciones de migrantes: el Club Benito Juárez, asociación de beneficencia, cuyos miembros ya se habían ido de Chicago; otra del mismo tipo, apenas fundada, la Sociedad Hispano America-

na; el Club Anahuac; el Mexican Woman's Club, con alrededor de 50 miembros. En ese momento había dos órganos de difusión especializados: el semanario *México* y *El Herald de las Américas*, pero su trayectoria y difusión parecían erráticas.

En síntesis

El *Diario de campo* de Robert Redfield puede ser leído desde dos perspectivas. Por una parte, por lo que muestra y enseña acerca de sus maneras de hacer trabajo de campo, de generar y construir el dato antropológico. En el estudio de los migrantes mexicanos podemos descubrir cómo trabajaba Redfield. Le gustaba caminar, recorrer, observar *in situ* el espacio donde vivían, los sitios que recorrían los migrantes que estudiaba. En las conversaciones y entrevistas, él preguntaba, no intervenía, no opinaba. Pero sabía lo que quería, sabía preguntar. Estaba siempre muy atento a lo que le decían sus informantes, era rápido y hábil para captar y procesar la información que le proporcionaban, de recuperar la importancia del dato que detectaba en alguna conversación. De esa manera elaboraba nuevas preguntas, insistía, sacaba conclusiones. Al mismo tiempo, recogía y apuntaba las impresiones subjetivas que le transmitían sus entrevistados sobre un fenómeno, una situación, alguna persona.

Redfield, como todos los estudiosos de la Escuela de Chicago, tenía muy presente el peso de las relaciones raciales en la organización de la sociedad. Por eso, no dejaba de observar, indagar, tomar en cuenta las alusiones de esa naturaleza, la inclusión o exclusión de las personas por cuestiones de raza: él siempre observaba, estaba atento y daba cuenta del color de las personas; indagaba qué tan blancos o indios eran sus entrevistados; buscaba conocer la composición racial de los niños en las escuelas; la existencia y las modalidades de los matrimonios mixtos.

Eran de su especial interés el efecto del factor raza en las contrataciones de las empresas; en las relaciones y tensiones en los centros de trabajo; en los desplazamientos por el espacio y los vecindarios; en la competencia espacial para los negocios; quería conocer las formas de convivencia o no de los mexicanos con otros grupos étnicos; procuraba detectar los argumentos raciales que justificaban las cercanías y los distanciamientos de los mexicanos con otros inmigrantes; las formas de interacción en situaciones sociales. Quizá esa insistencia en las cuestiones raciales hizo que Redfield recogiera el comentario de un migrante que le dijo que “los norteamericanos ven sólo a mexicanos ordinarios, los rudos, los indios y no apreciaban al verdadero México”. Quizá le decía que para los mexicanos el verdadero México era el del mestizaje, no el de las separaciones raciales drásticas.

A Redfield le gustaba mucho hacer comparaciones entre un momento y otro. Continuamente interrogaba a sus entrevistados por situaciones anteriores, no por reconstruir la historia de un fenómeno, sino como un recurso para detectar, de manera rápida, cambios en las situaciones. Redfield tenía claro, desde entonces, que la antropología debía estudiar lo que sucedía en ese momento, no lo que había pasado. Redfield tenía, sin duda, una aguda capacidad de observación de lugares, de situaciones. Es excelente, por ejemplo, su observación y descripción de un baile en el barrio mexicano al que asistió con su esposa el 31 de enero de 1925.

En esos meses de trabajo de campo Redfield puso a prueba sus conocimientos e interrogantes acerca de los mexicanos como migrantes nuevos en la ciudad. Al mismo tiempo, puso en práctica, por primera vez, los instrumentos de trabajo, los métodos de investigación que lo alejaron de la sociología y lo acercaron, lo convirtieron en un antropólogo. Sin prisa pero sin pausa, Redfield, en su estudio de la comunidad mexicana en Chicago, había descubierto, privilegiado, afinado las posibilidades que ofrecían las técnicas cualitativas, la etnografía, que más tarde siempre defendió.

Por otra parte, el *Diario de campo* de Redfield da cuenta de un momento único de la migración mexicana, la década de 1920, cuando en México acababa de concluir una revolución social y el país comenzaba a reconstruirse sobre nuevas bases y Chicago necesitaba trabajadores que reemplazaran a los que ya no podían llegar de otras tierras.

El *Diario de campo* constató cómo la migración mexicana había comenzado a desplazar de algunos nichos laborales y, sobre todo, de ciertos espacios residenciales a inmigrantes que habían llegado antes que ellos a Chicago. Se trataba, a fin de cuentas, de un proceso característico de la ecología urbana.

Lo que Redfield no encontró fue el otro fenómeno que solía acompañar la vida de los inmigrantes recientes en los espacios tugarizados: la desorganización social. Desde luego que había pobreza, escasez, precariedad, incertidumbre, problemas. Pero no advirtió ni dejó constancia de comportamientos problemáticos o síntomas de trastocamiento de la organización y la vida social y familiar de los migrantes mexicanos en esa época. Tampoco descubrió entre los mexicanos elementos para percibir ese otro rasgo característico de la transición urbana, del cambio urbano que tanto discutían en la Universidad de Chicago: la asimilación. Los mexicanos no daban indicios de que se estaban asimilando en Estados Unidos. Todo lo contrario. Parecería que cada día que pasaban en Chicago significaba uno menos para iniciar el ansiado regreso a México; no uno más para avanzar en su integración en el otro lado. Todos los mexicanos esperaban regresar a su tierra algún día, decía Anita Jones [1928], otra estudiosa de la migración mexicana en esos años.

¿A qué se debía eso? Una parte de la respuesta puede estar en un fenómeno que los entrevistados por Redfield –el propio Redfield– captaron de muchas maneras: el sentido de transitoriedad de la migración mexicana; misma que se manifestaba en aceptar empleos que otros migrantes no estaban dispuestos a desempeñar; en mantener la precariedad de sus alojamientos; los hombres, en permanecer solteros; en el orgullo por sus costumbres y comportamientos tradicionales; en no sentirse discriminados a pesar de sus difíciles condiciones de vida y trabajo; en el enojo que manifestaban cuando les mencionaban la posibilidad de naturalizarse y de ese modo mejorar sus condiciones de trabajo y de vida en Estados Unidos.

En ese sentido, los mexicanos aparecían como un caso peculiar, presentaban una situación extraña. Los encargados de los servicios sociales le dijeron a Redfield que los mexicanos eran difíciles de ayudar porque no querían ser ciudadanos estadounidenses. Los migrantes no se naturalizaban, aunque perdieran apoyos, incluso cruciales, aunque les dijeran que podían seguir siendo mexicanos. Ellos veían en ese acto una traición a su patria. Sólo mencionarles esa alternativa que podía mejorar su inserción laboral los ofendía. El único naturalizado del que le hablaron a Redfield se había ganado la desconfianza de toda la comunidad mexicana por promover esa vía de integración. Intrigado por el asunto, Redfield fue a indagar a la Corte si había solicitudes de naturalización de mexicanos: de los 732 expedientes que se habían presentado entre el 1 de diciembre de 1924 y el 26 de enero de 1926 ninguno era mexicano.

Como bien muestra el *Diario de campo* esa transitoriedad de la migración mexicana había sido descubierta y utilizada por los empleadores para pagarles mal y por los arrendatarios para cobrarles mucho, para segmentar el mercado de trabajo y la vivienda, a fin de cuentas. Al cabo, justificaban, siempre se iban. Pero, desde el lado de los migrantes: ¿la transitoriedad era una construcción social para aceptar una situación, para resignarse y no modificarla? ¿O había algo más?

Esa transitoriedad que todos supieron captar, era difícil de calibrar en sus implicaciones. Los planteamientos de la Escuela de Chicago, los que compartía Redfield, los que aceptaban sus entrevistados, era que las sucesivas oleadas de migrantes que habían llegado a Chicago eran flujos inmigratorios, es decir, grupos, familias, personas que habían llegado para quedarse, que habían quemado las naves en sus lugares de origen, que no pensaban en el retorno. Eran inmigrantes que querían ser ciudadanos. Un joven mexicano le dijo a Redfield –muy sorprendido y enojado– que los “polacos pretender ser americanos, se avergüenzan de ser polacos”.

Quizá ahí estaba la diferencia, lo que los hacía distintos del resto de los extranjeros que habían llegado a Chicago: los mexicanos estaban orgullosos de

su país, valoraban y querían mantener sus costumbres, y regresar a México, no permanecer en Estados Unidos. No querían integrarse. Los mexicanos eran trabajadores migrantes, no inmigrantes. Ellos estaban en Chicago de manera temporal, para trabajar, ganar dinero y regresar a México que era donde querían estar. Por eso, quizá, no se sentían discriminados.

De hecho, el propio Ernest Burgess señaló que uno de los mayores hallazgos de la sociología urbana de 1920-1930 había sido “el descubrimiento de que la comunidad étnica era un gigantesco mecanismo sociológico de defensa que facilitaba la supervivencia y el ajuste de los inmigrantes, defensa que la segunda generación buscaba modificar” [Faris, 1967: 36]. La opción entre resistir o integrarse, a fin de cuentas, sólo está para los que llegan, para la primera generación. Las investigaciones recientes han mostrado y explicado cómo la discriminación, como factor que afecta la autopercepción y las interacciones sociales, aparece en la segunda generación, es decir, cuando los migrantes se han convertido en inmigrantes [Portes y Rumbaut, 2006], opción que los trabajadores mexicanos de ese tiempo rechazaban.

El *Diario de campo* muestra que el flujo migratorio que había llegado a Chicago se había nutrido de comunidades rurales, de tradición campesina, incluso indígena del centro-occidente de México. Se trataba de familias que mediante la migración habían pasado de la economía campesina y el autoabasto rural a la economía de mercado, a la venta de su fuerza de trabajo, a la dependencia de un salario en una de las economías más dinámicas, una de las cunas del capitalismo industrial del mundo en ese momento. Esa transición no había sido fácil. Se trataba, en realidad, de hombres y mujeres que habían sido socializados y embebidos en estructuras sociales tradicionales, muy religiosas incluso, donde era muy vigorosa todavía la fuerza de atracción de las comunidades de origen en México. Además, el regreso era siempre posible. Muchos de los migrantes negociaban incluso los boletos de tren de regreso a la frontera. Los trabajadores mexicanos sabían que podían, con mayor o menor problema, volver a su tierra donde los estaban esperando. A diferencia de otros migrantes, en el caso de los mexicanos no había océanos que los separaran de sus querencias ni habían roto las naves con sus afectos primordiales [Thomas y Znaniecki, 1958].

Pero, además, se trataba de un momento muy especial en la historia de México: cuando había concluido, exitosamente, una revolución social que, entre otras cosas, ofreció y dotó a la población, anteriormente despojada y desposeída, de tierra y otros recursos en ese momento cruciales para la sobrevivencia de las sociedades rurales. La gente del campo sabía que, de algún modo, contaba con una opción, con un motivo poderoso para regresar a vivir, trabajar, participar en sus terruños. Los antiguos peones, los jornaleros se habían convertido en los dueños de la tierra, motivo suficiente para sentirse orgullosos, para querer volver.

La Revolución de 1910 había sido además un fenómeno cultural de rescate, valorización, recreación, resignificación de la identidad, del orgullo de ser mexicanos, de reforzamiento del patriotismo. Los migrantes que llegaron a Chicago en la década de 1920 sabían que, a pesar de todo, contaban con una opción de vida en México y compartían un fuerte sentimiento patriótico; amalgama que fue, quizá, la que les proporcionó una coraza cultural que les permitió, durante muchas décadas, no ser inmigrantes en Estados Unidos.

Con los años, lo sabemos, la situación cambió mucho. Paul S. Taylor, al comentar, en 1970, el libro de Manuel Gamio, llamó la atención sobre el contraste que percibió entre el patriotismo orientado hacia México, de esa primera generación de migrantes de la década de 1920 y lo que él percibió, 40 años más tarde, con los chicanos, descendientes de esas primeras generaciones que, a pesar de todo, se habían ido quedando en el otro lado y reindicaban sus derechos en Estados Unidos, sin discriminación de raza o idioma [Taylor, 1971]. Se había iniciado una fase distinta en la historia de la migración mexicana a Estados Unidos. Pero esa es otra historia.